

El templo de Gnido

Montesquieu

Introducción y traducción de
Agustín Temes

edición bilingüe

sequitur

Índice

Introducción	9
El templo de Gnido	15
Prefacio del traductor	17
Canto primero	21
Canto segundo	39
Canto tercero	45
Canto cuarto	55
Canto quinto	67
Canto sexto	77
Canto séptimo	87

Introducción

El autor

El interés que despierta, en nuestra época, la vida de los artistas suele venir dado por su grado de sufrimiento o de misterio; y esto hace que, en muchas ocasiones, una biografía con estas características propicie el acercamiento a la obra —probablemente endeble— de un determinado autor (por ceñirnos al ámbito literario, que es el que en este momento nos ocupa).

Éste no es, desde luego, el caso de Montesquieu.

Charles-Louis de Secondat nació en el castillo de La Brède, cerca de Burdeos, en enero de 1689. Descendía de parlamentarios bordeleses. Estudió Derecho y se hizo magistrado. Se casó a los veintiséis años. En 1716, al morir su tío paterno, heredó el nombre de Montesquieu y la presidencia del Parlamento de Burdeos. Sin embargo, manifestaba poco interés por sus funciones, y esto le permitió, para distraerse en un principio, dedicarse a las letras y a la erudición. Se instaló en París y empezó a frecuentar la Corte y los salones. Más tarde, vendió el cargo de presidente, entró en la Academia francesa y emprendió durante dos años un largo viaje por Europa (Austria, Hungría, Italia, Alemania, Holanda), antes de fijar su estancia durante un tiempo en Inglaterra. Al final de su vida tuvo que luchar contra una ceguera que dificultaba enormemente su trabajo, pues le obligó a dictar parte de la obra en la que estaba inmerso: *El espíritu de las leyes*. Y si su vida cotidiana no tuvo nada extraordi-

nario tampoco lo tuvo su muerte, pues murió de unas fiebres mal curadas, durante una estancia en París, en febrero de 1755.

Si a esto se añade que su vida fue feliz y que estuvo coronada por el éxito se completa, como vemos, un perfil que no destaca por su atractivo biográfico, si por tal se entiende una existencia compleja o desgraciada –como más arriba apunté–, más acorde con lo que suele considerarse un héroe literario.

Ésta es la idea que desarrolla Jean Starobinski, al considerar que el escritor bordelés no responde a la imagen que nuestra época tiene del héroe literario, pues choca con una vida tan diáfana, y tan alejada de toda ostentación y de cualquier pose.

"No ha conseguido la felicidad –sigue diciendo Jean Starobinski– venciendo obstáculos. El barón de La Brède posee por nacimiento los bienes suficientes para vivir al margen del éxito que proporciona el dinero: es un privilegiado. Y la imagen de vida sacrificada le viene por la actividad creadora que él mismo se impone. La felicidad no echa de menos los placeres, pues el trabajo los ha sustituido".

Por lo que a su obra respecta, hay que decir que los intentos por buscar, a cualquier precio, una unidad en la producción de Montesquieu resultan baldíos, pues pocos autores han escrito sobre temas tan diversos: ciencias físicas y naturales, un estudio sobre la extracción del carbón en las minas, sobre la función de las glándulas, un tratado de estética, una enciclopedia de ciencias sociales, un catálogo de museo, experiencias con insectos y plantas, numerosos cuadernos de pensamientos, notas de viajes, un ensayo sobre el gusto y otro sobre la causa del eco...

Sin embargo, deben destacarse unas obras que brillan con luz propia. Así, *Cartas persas* (1721), *El templo de Gnido* (1725), *Consideraciones sobre las causas de la grandeza y la decadencia de los romanos* (1734), *Diálogo de Sylla y Eucrate* (1745).

Hasta que en 1748 se produce la culminación de su obra con la publicación de *El espíritu de las leyes*, una obra magna que había

empezado a elaborar veinte años atrás y que dará a la luz siete años antes de morir.

Su vida fue, sobre todo, la de un pensador —en el decir de Althusser— al que la pasión por el Derecho y la Política tuvo en vilo hasta el final, lo que le llevó a dejarse la vista en los libros y a emprender una veloz carrera con la muerte para poder acabar su obra.

Starobinski dice que la gloria de Montesquieu ha quedado fijada en el mármol de los bustos y en el metal de las medallas; y desde esos materiales pulidos e incorruptibles ha tomado la distancia del gran clásico. Y aunque recordamos unas imágenes más familiares de otros grandes del XVIII (Rousseau entre las flores, Voltaire y Diderot en ropa de casa), ahí permanece la de Montesquieu, habitando la inmortalidad con modestia, casi abandonada en la inmensa paz de las bibliotecas.

El templo de Gnido

Para quienes sólo conozcan la parte más seria —digámoslo así— de la obra de Montesquieu, tal vez constituya esta narración una notable sorpresa. Sin embargo, probablemente se hallará una explicación si se tiene en cuenta que aparece poco tiempo después de la publicación de las *Cartas persas*: un texto que también contiene una abundante carga de sensualidad.

Hay que empezar diciendo que *El templo de Gnido* es una de las pocas obras claramente literarias de Montesquieu; dato éste relevante, toda vez que en otras obras que no son propiamente filosófico-políticas oscila entre la ficción y el ensayo.

Estamos ante un relato galante, de inspiración mitológica y pastoral, que exalta la sensualidad púdica; un arte de amar refinado y sensible que más tarde teorizará en el *Ensayo sobre el gusto*; una "pintura poética de la voluptuosidad", según se dijo, que conoció un gran éxito en el siglo XVIII.

Conviene subrayar que las fantasías pastorales, que lograron una gran acogida en Europa desde el Renacimiento, seguían teniendo un gran atractivo en el Siglo de las Luces.

El templo de Gnido aparece publicado inicialmente en 1725, sin nombre de autor, aunque es en 1743 cuando se nos da la edición definitiva, corregida, aumentada y dividida en cantos.

El anonimato inicial es probable que se debiese al carácter supuestamente escandaloso de su argumento, con lo que el autor quiso evitar así que los comentarios airados que provocó su aparición –"esto ha salido de la mente de algún libertino que ha querido ocultar sus propias inmundicias bajo formas alegóricas"– deteriorasen su prestigio.

El propio Montesquieu se ocupó personalmente de negar su autoría. Y así lo confirma una carta de abril de 1725, al poco tiempo de publicarse esta obra, dirigida a Madame Berthelot de Jouy, en la que le dice: "Yo no soy el autor de *El templo de Gnido*; y no es que carezca de la sensibilidad suficiente para serlo, pero no soy el autor. Y en verdad que lo lamento, pues como estoy seguro de que os gustaría un hombre como Aristeo, es muy probable que el que imaginó a Aristeo os gustase también".

Con todo, lo que más nos interesa –literariamente hablando– de esta negación de paternidad, es el sutil divertimento que emplea en el prefacio del libro para ocultarse tras un supuesto traductor, y hacer creer que el texto que se ofrece fue encontrado en la biblioteca de un obispo griego.

Ni que decir tiene que más allá de este ardid puramente literario, nadie picó el anzuelo; antes al contrario, inmediatamente empezó a extenderse la idea de que "esta obra se debe al mismo que publicó hace tres años las *Cartas persas*..."

Centrándonos ya en el argumento propiamente dicho, hay que decir que el narrador cuenta sus amores por la púdica Témiris, y los de su compañero Aristeo por la culta Camila, en la ciudad de Gnido, un lugar conocido por el culto que se tributaba a Venus.

Tras un llamado Prefacio del traductor, del que acabo de hablar, la obra consta de siete cantos, según la edición de 1743, que es la que se utiliza en esta traducción. Los tres primeros cantos son un himno a la Venus de Gnido, una alegoría de un amor púdico, tierno y sincero. El primero —el más largo— describe el lugar, el palacio, los jardines y el templo de la diosa. Se hace un elogio del culto, y de la oposición alegórica entre el amor lujurioso y los sentimientos verdaderos de los seguidores de la diosa. El segundo canto hace referencia a los oráculos de ésta en su antro sagrado. El tercero narra un concurso de belleza, en el que vence Témiris, la amada del narrador. Éste, hijo de Antíloco, cuenta su vida sentimental a Aristeo, que está enamorado de Camila, en el cuarto canto. También narra las costumbres corruptas de los sibaritas y repudia los excesos lascivos. En el quinto, es Aristeo el que cuenta su historia, comenzando por un largo elogio de Camila. En el sexto, los dos jóvenes acceden al antro de los Celos, donde sufren un encuentro terrible con un monstruo que les pone a prueba. El delirio a que les conducen los celos que sufren los héroes se mitiga con un sacrificio en honor de Baco. Por último, en el séptimo canto, los dos amigos se reencuentran con sus amadas, y el hijo de Antíloco, por su parte, conduce a Témiris a un bosque solitario poblado de sátiros y ninfas. . .

El escritor Charles Nodier, en el prólogo de una de las ediciones posteriores del libro, la de 1825, lo elogia sin reservas diciendo que "era muy difícil ser tan afable sin caer en la insulsez, tan refinado sin resultar frío, tan esmerado sin ser amanerado; en definitiva, ser tan brillante sin incurrir en afectación". Por otra parte, justifica la incursión que hizo Montesquieu en este terreno alegórico, aparentemente alejado de su labor filosófica. Así, dice que el culto a la belleza no era en modo alguno incompatible con el de la sabiduría; y que entre los pueblos que nos transmitieron las luces de la filosofía, las Musas y las Gracias eran, con frecuencia, adoradas en el mismo altar. En efecto, eran las divinidades de los bosques y los arroyos las que enseñaban a los sabios. Además, Platón no debe únicamente el

sobrenombre de divino a las concepciones de una filosofía sublime, ya que Grecia idolatraba también sus encantadoras fábulas, sus espirituales alegorías y sus deliciosas fantasías.

Al final del prólogo, Nodier concluye: "Apeles había dedicado a Neptuno un cuadro que puso junto a la orilla; el cuadro de Montesquieu, por su parte, habría merecido colocarse a las mismas puertas de Gnido, si Venus hubiese tenido allí todavía sus altares".